

Presentación

En el elenco de expresiones cuyo contorno aparece hoy desfigurado se incluye la palabra «mística». Este vocablo, como otros cuyo uso se ha ido haciendo indiscriminado →«liberal», «democracia», etc.- puede haber llegado a aquel estado semántico en que no sabemos bien lo que quiere decir. Y, como suele ocurrir, suscita sentimientos no siempre concordes. Lo que sí parece cierto es que se ha abierto un camino el interés por la experiencia mística como núcleo de otras vivencias muy presentes en la tradición: la oración mística, la contemplación mística, la unión mística...

¿Qué es la experiencia mística? Muchos han convenido en que se trata de un «sentimiento» de que Dios está presente y quiere manifestar su presencia. De suerte que, como decía Teresa de Ávila, no le queda duda a la persona de que era Dios el que se ha manifestado. Mas esto es sólo el comienzo de muchos puntos que pueden mover a reflexión. La clásica pregunta de si la mística es un grado a alcanzar o una vivencia a la que estamos naturalmente abocados tiende a resolverse hoy en esta segunda afirmación. Con ello resulta que la experiencia mística puede resolverse en «mística de la experiencia» que admite una lectura secular. Una vivencia intensa de unión con el cosmos, por ejemplo, podría ser vista así como mística vaciada de toda referencia religiosa.

Pero esto último, ¿no será un abuso semántico? ¿Es la experiencia mística algo desvinculado de un cuerpo doctrinal, de manera que una mística cristiana o budista pudiera agotarse en moldes neoplatónicos o en una concepción de Dios como la que tiene el judaísmo? ¿Es verdad que la experiencia de los grandes místicos se distingue de la «mística natural» o «mística de la vida cotidiana» sólo por la modulación psicológica y somática que reviste? ¿Puede la experiencia del Bien suplantar la vía de las purificaciones que muchos maestros de la mística han visto como insoslayable?

José Luis Caballero Bono